

PÉRDIDA Y HALLAZGO DEL NIÑO EN EL TEMPLO [272]

18ª Meditación – Cuaresma 2021 – (DÍA 26)

Imposible la santidad sin Cristo

“Comprendamos que no seremos santos sino en la medida en que la vida de Cristo se difunda en nosotros. Esta es la única santidad que Dios nos pide; no hay otra. Seremos santos en Jesucristo, o no lo seremos de ninguna manera. La creación no encuentra en sí misma ni un solo átomo de esta santidad; deriva enteramente de Dios por un acto soberanamente libre de su omnipotente voluntad, y por eso es sobrenatural. San Pablo destaca más de una vez la gratuidad del don divino de la adopción, la eternidad del amor inefable, que le resolvió a hacérselo participar, y el medio admirable de su realización por la gracia de Jesucristo”¹.

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

1º preámbulo: La historia

[272] DE LA VENIDA DE CHRISTO AL TEMPLO QUANDO ERA DE EDAD DE DOCE AÑOS ESCRIBE SANT LUCAS EN EL CAPITULO 2, 41-50.

“Sus padres iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron ellos como de costumbre a la fiesta y, al volverse, pasados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres. Pero creyendo que estaría en la caravana, hicieron un día de camino, y le buscaban entre los parientes y conocidos; pero al no encontrarle, se volvieron a Jerusalén en su busca. Y sucedió que, al cabo de tres días, le encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchádoles y preguntádoles; todos los que le oían, estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas. Cuando le vieron, quedaron sorprendidos, y su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando». El les dijo: «Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?». Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio”. (Lc 2, 40-50)

Cuando Jesús cumplió los doce años, según prescribe la ley:

“Tres veces al año se presentarán todos tus varones ante Yahveh tu Dios, en el lugar elegido por él: en la fiesta de los Ázimos (Pascua), en la fiesta de las Semanas (Pentecostés), y en la fiesta de las Tiendas (Tabernáculos)”. (Deut. 16, 16)

Fue con sus padres al Templo para la Pascua. Al regresar, José y María pierden al niño, y lo encuentran luego de tres días entre los doctores de la ley.

¹ DOM COLUMBA MARMION, *Jesucristo, vida del alma* I, I,6. (Teología de la Perfección Cristiana, p. 72)

2° preámbulo: Composición de lugar

Ver el Templo de Jerusalén, que ya conozco de la contemplación de la Presentación.

De Galilea a la ciudad santa existían **tres caminos** principales. **El más occidental** recorría la *Llanura de Esdrelón*, costeaba el monte *Carmelo* y descendía por el litoral del Mediterráneo hasta la altura de *Antipatris*; era muy largo y poco frecuentado por los israelitas. El **camino oriental**, muy habitual, seguía el curso del Jordán hasta Jericó, y desde allí embocaba la fuerte subida hasta Jerusalén. El **tercero** corría de norte a sur, a través de Samaría. Era el más breve y casi siempre evitado para no pasar por tierra de samaritanos. Hemos de pensar que la Sagrada Familia siguió el camino del Jordán.

3° preámbulo: Petición

[104] *Será aquí demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.*

CUERPO DE LA CONTEMPLACIÓN

1. CAMINO JUNTO CON LA SAGRADA FAMILIA

Primero: Christo nuestro Señor de edad de doce años ascendió de Nazareth a Hierusalém.

José y María iban todos los años a la solemne fiesta de los ácidos, a pesar de los 125 Km que separaban Nazaret de Jerusalén. Cuando Jesús cumplió 12 años debía ir al Templo para la ceremonia del *Bar nitzva*. Nuevamente volvía para cumplir la ley.

La Sagrada Familia parte junto con varios nazarenos. Todos los viajes que realizaba la Sagrada Familia tenían carácter de peregrinación, pero éste en especial, pues iban para la Pascua, e iban con Jesús. ¡Qué gozo sentiría al ir con sus padres a adorar al Padre! De las aldeas y ciudades de Galilea muchas personas viajaban en caravana a Jerusalén.

El historiador Josefo calcula que unos tres millones de peregrinos se concentraban en Jerusalén esos días. Los peregrinos entusiastas y piadosos avanzan cantando los doce salmos graduados (121 a 132) *Qué alegría cuando me dijeron, vamos a la Casa del Señor; ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén* (Sal 121). Canta Jesús el Salmo 131 *suscitaré a David un fuerte vástago, aprestaré una lámpara a mi ungido; de vergüenza cubriré a sus enemigos, y sobre él brillará su diadema*. Cantando alegrándose de la fe común: *Oh, qué bueno, qué dulce habitar los hermanos todos juntos* (Sal 132).

José, explicaría a Jesús, la historia de los lugares santos que iban atravesando. Ya cerca de Jerusalén, desde un monte se divisa la ciudad santa. Descollaba como un alcázar en el centro el Templo. Flavio Josefo dejó esta descripción:

“Todo en el exterior del templo era admirable a los ojos y al espíritu. Su fachada estaba enteramente cubierta de gruesas láminas de oro. De esta suerte, a la salida del sol, resplandecía el templo con destellos de fuego, y cuantos querían mirarle debían volver los

ojos como heridos por los rayos solares. A los viajeros que venían de lejos, les parecía como montaña de nieve, porque donde no estaba revestido de oro era completamente blanco...”².

Quizás pudo ver a los vendedores en el templo.

José debió ir al templo a matar el cordero pascual. Como el niño estaba en la edad legal de las ceremonias del templo, debió de contemplar la sangre del cordero derramada sobre el altar en el sentido de los 4 puntos cardinales. También contempló cómo preparaban para la cena el cordero muerto: se realizaba atravesando el cuerpo con dos broquetas de madera en forma de cruz.

2- JESÚS SE QUEDA EN JERUSALÉN

Segundo: Cristo nuestro Señor quedó en Hierusalém, y no lo supieron sus parientes.

Luego de las fiestas, volvían a armarse las caravanas a la salida de la ciudad. Mujeres, por un lado, varones por otro. La Virgen creería que San José tenía al Niño, y viceversa; o que iba con unos parientes, o con alguno de la comitiva -como dice San Lucas-. Era común que un niño de doce años tuviese cierta libertad para viajar con el grupo que quisiera, más tratándose de Cristo, tan dócil y obediente a sus padres. Por eso la preocupación de José y María no era excesiva hasta que llegó la noche, y comenzaron a preguntar en el campamento por el niño.

3- EL NIÑO DIOS HALLADO EN EL TEMPLO

Tercero: Pasados los tres días le hallaron disputando en el templo, y asentado en medio de los doctores, y demandándole sus padres dónde había estado, respondió: (¿no sabéis que en las cosas que son de mi Padre me conviene estar?).

El niño preguntaba, respondía y escuchaba, y sus preguntas dejaban —estupefactos a aquellos —profesionales de la teología. El texto griego usa el verbo ἐξίστημι (*exístemi*) que significa —sacar de casillas, aturdir, quedar atónito, atontado, asombrarse, maravillarse. Más adelante volverán, los hombres, a preguntarse acerca de Él: —¿Cómo sabe éste de letras, sin haber estudiado?”. (Jn 7,15)

“Si se nos permite tentar una mesuradísima hipótesis, quizá aventuraríamos que se trataría de lo mismo que les reprochará años más tarde a los —doctores de la ley, es decir, lo que ellas dicen del Mesías que Israel esperaba: —Vosotros investigáis las escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí (...) Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí, porque él escribió de mí. Pero si no creéis en sus escritos, ¿cómo vais a creer en mis palabras? (Jn 5,39.46-47)”³. (P. Fuentes)

“Porque era Hijo de Dios, se encuentra en medio de los doctores instruyéndolos con su sabiduría. Porque era niño, se encuentra en medio de ellos, no enseñándoles, sino preguntándoles, por lo cual dice: "Sentado en medio de los doctores, que, ora los escuchaba,

² Card. Gomá, I, 95.

³ Miguel Á. Fuentes, IVE, *Comentario al evangelio de san Lucas*, Apostolado Bíblico, San Rafael, 2015, p. 59.

ora les preguntaba". Por su misericordia nos enseña de este modo que corresponde a los niños (aun cuando sean sabios e instruidos) más bien oír a sus maestros que desear enseñarles y jactarse con vana ostentación. Preguntaba, no para aprender, sino para ilustrar preguntando; que el preguntar y responder con sabiduría nacen de una sola fuente de doctrina. De donde, prosigue: "y cuantos le oían quedaban pasmados de su sabiduría", etc"⁴. (Orígenes).

“Para manifestar que era hombre, oía humildemente a maestros que al fin eran hombres. Para probar que era Dios, les respondía de una manera sublime cuando le preguntaban”. (Beda)

“Pregunta de una manera razonable, oye de una manera prudente, y responde de una manera todavía más prudente, lo cual llenaba de estupor a los que lo oían. Por lo cual, sigue: "Al verle, pues, sus padres, quedaron maravillados"”.(Griego)

“El Señor no hizo ningún milagro durante su niñez. Solamente hizo esto, como refiere San Lucas, en el cual se mostró admirable”. (San Juan Crisóstomo)

“Manifestaba, pues, su lengua una sabiduría divina, pero su edad manifestaba la debilidad humana, por lo que los judíos, turbados y admirados, dudan entre la sublimidad de lo que oyen y la humildad de lo que ven. Nosotros, sin embargo, no debemos admirarnos de ningún modo, porque sabemos por el profeta (Isa_9:5) que, aun cuando ha nacido niño para nosotros, siempre es el Dios fuerte”. (Beda)

La respuesta de Jesús

La expresión usada por Jesús en su diálogo con María, —la casa de mi Padre—, puede ser traducida doblemente: —[estar en] la casa de mi Padre y —[ocuparse de] las cosas de mi Padre. Es probable que en la intención del niño aluda a las dos.

“Con la respuesta del Niño a sus doce años ha quedado claro, por un lado, que él conoce al Padre —Dios— desde dentro. No solo conoce a Dios a través de seres humanos que dan testimonio de él, sino que lo conoce en sí mismo. Como Hijo, él vive en un tú a tú con el Padre. Está en su presencia”⁵. (Benedicto XVI)

“No sabían si diciéndoles "en las cosas de mi Padre", quería decirles "del templo", o de otra más elevada y edificante”. (Orígenes)

José y María no entendieron su respuesta. ¿Qué es lo que no entendieron? Indudablemente no se puede referir a la alusión a la filiación divina natural de Jesús, pues sería incoherente que san Lucas diga tal cosa después de haber relatado las revelaciones recibidas por María santísima y por el mismo José durante la anunciación del ángel a la primera y el sueño aclaratorio al segundo. Claro que ellos sabían que Jesús era hijo de Dios Padre y, por tanto, que el Templo de Dios era su Casa. Lo que no comprenden en el sentido de la —necesidad que manifiesta Jesús en cuanto a ocuparse de las cosas de Dios. Algunos comentaristas hacen notar que las otras seis veces que aparece en san Lucas la expresión

⁴ TOMÁS DE AQUINO, *Catena Áurea*, in Lucam, 19. Ibid para las 4 siguientes citas.

⁵ BENEDICTO XVI, *La infancia de Jesús*, p. 131.

“es preciso” (—es preciso que me ocupe de las cosas de mi Padre) siempre se relacionan con la Pasión, como cumplimiento de las profecías (13,33; 24,26; 24,44, etc.). María y José no saben cómo interpretar estas palabras en relación con el plan de Dios.

“Gozoso y dramático al mismo tiempo es también el episodio de Jesús de 12 años en el templo. Aparece con su sabiduría divina mientras escucha y pregunta, y ejerciendo sustancialmente el papel de quien 'enseña'. La revelación de su misterio de Hijo, dedicado enteramente a las cosas del Padre, anuncia aquella radicalidad evangélica que, ante las exigencias absolutas del Reino, cuestiona hasta los más profundos lazos de afecto humano. José y María mismos, sobresaltados y angustiados, " no comprendieron " sus palabras (Lc 2, 50).

De este modo, meditar los misterios " gozosos " significa adentrarse en los motivos últimos de la alegría cristiana y en su sentido más profundo. Significa fijar la mirada sobre lo concreto del misterio de la Encarnación y sobre el sombrío preanuncio del misterio del dolor salvífico. María nos ayuda a aprender el secreto de la alegría cristiana, recordándonos que el cristianismo es ante todo evangelio, 'buena noticia', que tiene su centro o, mejor dicho, su contenido mismo, en la persona de Cristo, el Verbo hecho carne, único Salvador del mundo”. RVM 20

4- EL DOLOR DE LA VIRGEN (libro las Glorias de María)

Lo buscaron con diligencia y angustia, pero no lo encontraron. Para una madre, no hay peor cosa que la pérdida de un niño. ¡Qué pensaría la Virgen!

“En toda su infancia se habló siempre de "contradicción", "espadas", "no hay sitio", "exilio", "matanza"; ahora se agregaba: "pérdida" y "desaparición". Esta es la primera separación de la Virgen respecto de su Hijo. Y en esta prueba, pasajera después de todo, se prepara la gran separación de la cruz. ¿Sería la espada profetizada por Simeón?

Escribe el apóstol Santiago que nuestra perfección consiste en la virtud de la paciencia: “*La paciencia ha de ir acompañada de obras perfectas para que seáis perfectos e íntegros, sin que dejéis nada que desear*” (St 1, 4). Pues bien, habiéndonos dado el Señor a la Virgen María como ejemplo de perfección, fue necesario que la colmase de sufrimientos para que así nosotros pudiéramos admirar e imitar su heroica paciencia. Entre los mayores sufrimientos que la Madre de Dios padeció en su vida estuvo el que ahora vamos a meditar, es decir, el de la pérdida de su Hijo en el templo.

Quien nació ciego poco siente no ver la luz del día; pero quien durante algún tiempo ha tenido vista y ha gozado de luz, siente más duramente su ceguera. De modo semejante, los infelices que cegados por el fango de esta tierra poco han conocido a Dios, poco pesar sienten por no encontrarlo; pero quien, al contrario, iluminado por luz del cielo ha sido hallado digno de encontrar con el amor la dulce presencia del sumo bien, cómo se duele cuando se siente privado de él. Veamos, pues, cuán dolorosa tuvo que ser para María, que estaba acostumbrada a gozar de la dulcísima presencia de su Jesús, esta tercera espada que la hirió cuando, habiéndolo perdido en Jerusalén, se vio por tres días privada de él.

Ahora consideremos qué afán tuvo que experimentar esta afligida madre durante aquellos tres días en los que anduvo por todas partes preguntando por su Hijo, como la esposa de los Cantares: “*¿Acaso habéis visto al que ama mi alma?*” (Ct 3, 3), sin que nadie le diera razón. María, con cuánta mayor ternura, cansada y fatigada sin haber encontrado a su amado, podía decir lo que Rubén de su hermano José: “*El niño no aparece y, entonces, ¿a dónde iré yo?*” (Gn 37,

30). Mi Jesús no aparece y yo no sé qué más hacer para encontrarlo, pero ¿a dónde voy sin mi tesoro?

Ella, llorando constantemente durante aquellos tres días, podía repetir con David: “*Son mis lágrimas mi pan de día y de noche, mientras me dicen todo el día: ¿En dónde está tu Dios?*” (Sal 4, 4). Con razón escribe Pelbarto que aquellas noches la afligida madre no durmió, llorando y suplicando a Dios que le hiciese encontrar a su Hijo. Y durante este tiempo, al decir de san Bernardo, se dirigía con frecuencia a su mismo Hijo con las palabras de la Esposa: “*Indícame, amor de mi alma, dónde apacientas el rebaño, dónde lo llevas a sestar a mediodía, para que yo no ande como errante*” (Ct 1, 7). Hijo, hazme conocer dónde estás para que no ande por más tiempo a la ventura buscándote en vano.

Hay quien dice que este dolor de María está no sólo entre los mayores que sufrió, sino que fue el más grande y amargo de todos, y no sin alguna razón. **Lo primero**, porque en los otros dolores María tenía consigo a Jesús. Padeció con la profecía de Simeón en el templo y en la huida a Egipto, pero siempre con Jesús; mas en este dolor padeció lejos de Jesús, sin saber dónde estaba. “*Me falta la luz misma de mis ojos*” (Sal 37, 11). Así decía llorando: Ay, que la luz de mis ojos, mi amado Jesús, no está conmigo, vive alejado de mí y no sé dónde está.

Dice Orígenes que a causa del amor que esta santa madre tenía a su Hijo, padeció más con la pérdida de Jesús que cualquier mártir pudiera padecer con los dolores de su martirio: “*Muchísimo sufrió porque lo amaba intensamente. Más sufrió por su pérdida que el dolor de cualquier mártir en su muerte*”. ¡Qué largos los tres días para María! Le parecieron como tres siglos. Días amargos, sin que nadie pudiera consolarla. ¿Y quién podría consolarme, decía con Jeremías, si el único que puede consolarme está lejos de mí? Por eso no se cansan de llorar mis ojos. “*Por eso lloro yo; mis ojos se van en agua porque está lejos de mí el consolador que reanime mi alma*”. Y con Tobías (5,10) repetía: “*¿Qué gozo puede haber para mí que me siento en las tinieblas y no puedo ver la luz del cielo?*”

La segunda razón es que en los demás dolores María entendía la razón y el fin de los mismos, es decir, la redención del mundo y el divino querer; pero en este caso no sabía el porqué de la ausencia de su Hijo. Dolíase la desconsolada madre al verse alejada de Jesús, a la vez que su humildad, dice Lanspergio, le hacía pensar que no era suficientemente digna de tenerlo a su lado para cuidarlo y poseer tan rico tesoro. ¿Pensaría que no le había servido como se merecía? ¿Habría cometido alguna negligencia por la cual la había abandonado? Lo buscaban, dice Orígenes, temerosos de que los hubiera dejado. Y cierto que no hay sufrimiento más grande para un alma que ama a Dios que el temor de haberlo disgustado. Por eso María en ningún otro dolor se lamentó como en éste, quejándose amorosamente cuando lo encontró: “*Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando*” (Lc 2, 48). Con estas palabras María no quiso reprender a Jesús, como dijeron ofuscados algunos herejes, sino que quiso manifestarle el dolor que había sentido por su pérdida teniéndole el amor que le tenía. No era reproche, dice Dionisio Cartujano, sino queja de amor.

En suma, fue tan dolorosa esta espada de dolor para el corazón de la Virgen, que la beata Bienvenida, deseando un día y rogando a la santa madre, le concediera poder acompañarla en este dolor, María se le presentó con su Jesús en brazos; Bienvenida estaba gozando a la vista de aquel hermosísimo niño, pero de repente no lo vio más. Fue tanta la pena que sintió la beata, que recurrió a María pidiéndole, por piedad, que no la dejara morir de dolor. La Santísima Virgen se le apareció de nuevo después de tres días y le dijo: Has de saber, hija mía, que tu dolor no ha sido más que una pequeñísima porción del que yo sufrí al perder a mi Hijo.

Este dolor de María primeramente debe servir de consuelo a quienes están desolados y no gozan la dulce presencia de su Señor que en otro tiempo sintieron. Lloren, sí, pero con paz, como lloraba María la pérdida de su Hijo. Cobren ánimo y no teman haber perdido la divina gracia, escuchando lo que Dios dijo a santa Teresa: Ninguno se pierde sin saberlo; y ninguno es engañado si no quiere ser engañado. Si el Señor le retira la sensación de su presencia a quien le ama, no por eso se retira de su corazón. Se esconde para que se le busque con mayor deseo y amor más ardiente. Pero el que quiera encontrar al Señor es necesario que lo busque, no entre las delicias y los placeres del mundo, sino entre las cruces y las mortificaciones, como lo buscó María. Escribe Orígenes: Aprende de María a buscar a Jesús.

Por lo demás, el único bien que debemos buscar es Jesús. Cuando Job perdió todo lo que poseía: hacienda, hijos, salud y honra, hasta llegar a tener que sentarse en un muladar, como tenía a Dios, a pesar de todo era feliz. Dice san Agustín hablando de él: Perdió lo que le había dado Dios, pero tenía a Dios. Son de veras infelices y desdichados quienes han perdido a Dios. Si María lloró durante tres días la pérdida de su Hijo, con cuánta más razón deben llorar los pecadores que han perdido la gracia de Dios y a los que el Señor les dice: *“Vosotros no sois mi pueblo ni yo soy para vosotros vuestro Dios”* (Os 1, 9). Porque esto es lo que hace el pecado, separa al alma de Dios: *“Vuestras culpas os separaron a vosotros de vuestro Dios y vuestros pecados le hicieron esconder su rostro”* (Is 59, 2). Por lo cual, aunque uno sea muy rico, habiendo perdido a Dios, todo lo de la tierra no es más que humo y sufrimiento, como lo confesó Salomón: *“Todo es vanidad y aflicción de espíritu”* (Eccl 1, 14). Pero la mayor desgracia de estos pobres ciegos, dice san Agustín, es que si pierden un buey salen en su seguimiento; si pierden una oveja no dejan de hacer ninguna diligencia para encontrarla; si pierden un jumento no descansan hasta que lo hallan. Pero pierden el sumo bien que es Dios, y comen y beben tan tranquilos⁶. (S. Alfonso)

San Alfonso menciona un ejemplo: en las Cartas anuales de la Compañía de Jesús que, en las Indias, un joven queriendo salir de casa para cometer una acción pecaminosa, oyó una voz que le decía: Detente, ¿a dónde vas? Se volvió y vio una estatua de la Virgen Dolorosa. Ella se sacó el puñal que tenía en el corazón y se lo alargó, diciendo: Toma este puñal y hiéreme a mí primero, pero no hieras a mi Hijo con semejante pecado. Al oír esto, el joven se postró en tierra, y del todo arrepentido y deshecho en llanto pidió al Señor y a la Virgen María el perdón de su pecado⁷.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio:

Ir aplicando entonces todas éstas verdades, estos misterios a nuestra vida. Ir haciendo coloquios con la Virgen, con San José. A veces quizás, de los tres, en algunos momentos, quién nos puede iluminar más es San José, porque era el que menos entendía. Podemos ponernos en el lugar de San José y pedir fuerzas a la Virgen que sufría más pero aceptaba más, para poder pasar los momentos difíciles de la desolación, los cuáles nunca van a faltar en nuestra vida para llegar a la santidad.

Ave María Purísima. *Sin pecado concebida.*

⁶ SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Las glorias de María*, Tercer dolor: El niño Jesús perdido en el templo.

⁷ Ibid.